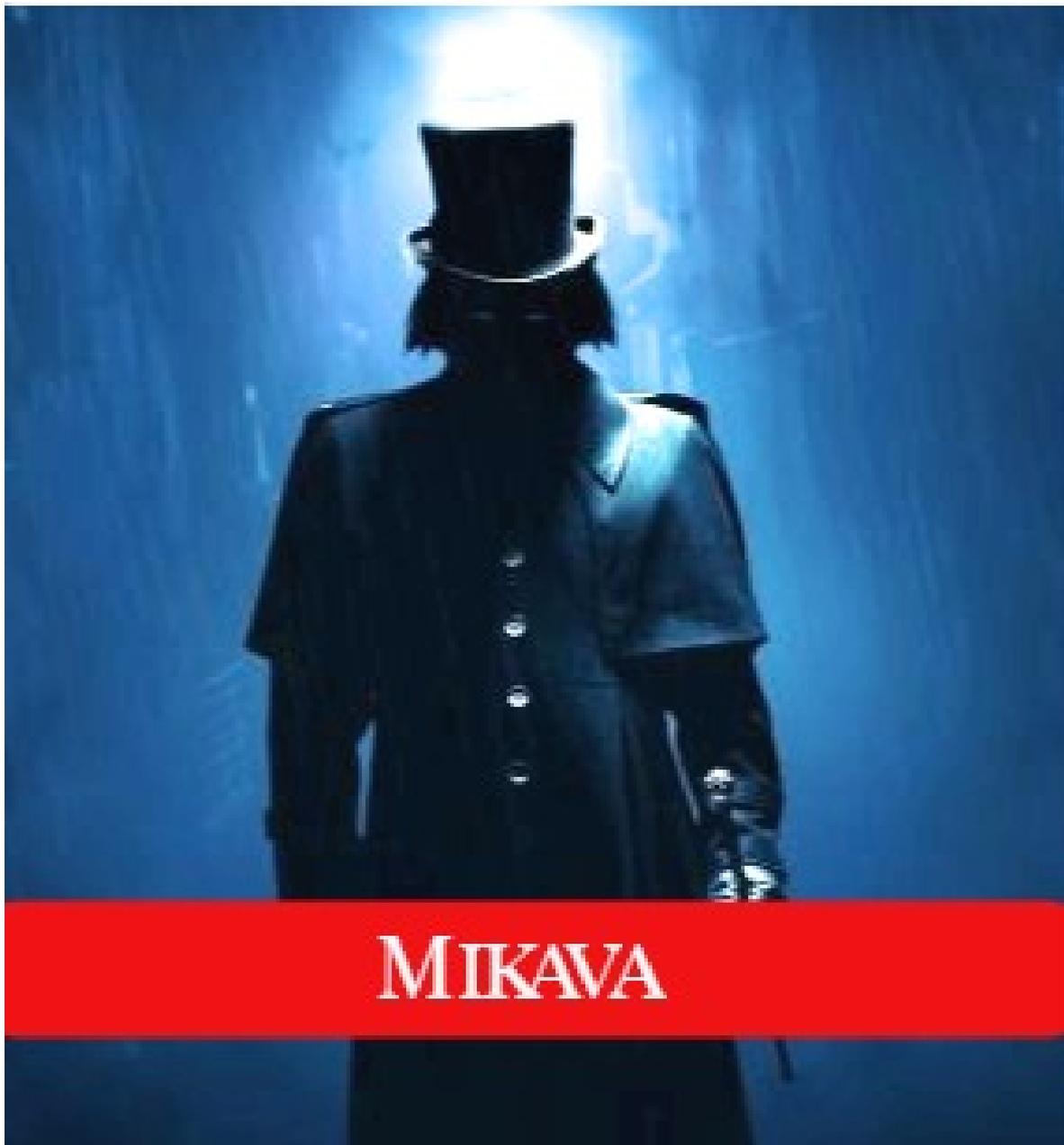


Danza de Reyes

Mikava

Danza de Reyes



Capítulo 1

Muerte de Reyes

Mis manos... aún tiritan, sintiéndose soberanas... de este idílico mundo perfumado con lo que todos aquellos... simples filisteos consideran el "mal". Cada minúscula fibra de mi cuerpo, desde la sangre que me rellena hasta la piel que me viste, vibra encarnecida por aquella voraz sinfonía que hace escamar la piel, y enloquecer a los hombres más cuerdos. Es así como también, soy desconocedor de aquel nefasto demonio que juega limitando la mente de los hombres, aquel demonio que nos enseñaron a alabar desde el primer día de nacidos, aquello que estúpidamente llamamos "culpa".

Mi inmaculada vestimenta, el empedrado y sucio suelo, no solo fueron testigos presenciales de uno de los actos más honestos, pero a la vez horribles que se puedan cometer. Quizás... me equivoque al decir... "horrible", ya que como muy bien sabemos, la naturaleza no es horrible ni hermosa, solo es así, solo funciona así. No será más bella o fea porque alguien así lo desee. Pero si tal acto se llegase a perpetrar, sería antinatural, sería artificial. Tan artificial... y falso, como los disfraces de carne y hueso que somos obligados a portar. Es así, como todo a mí alrededor es adornado por la magistral epifanía que se desliza desde la magnánima infinidad de este maldito cielo estrellado, azotando así, con una enorme magnificencia, sobre la enormidad de este oscuro manto escarlata, que ahora tiñe parte de mis ropajes y mi rostro.

La luna y la noche..., mis dos únicos aliados en esta dura contienda. La luna..., sádica e indiferente como siempre, no deja de acosar... sigilosa, reservada en los confines lejanos del universo, sumergida en el más absoluto silencio, un acto honesto y propio del hombre cuerdo.

Él... ya ha muerto, lo asesiné con estas mismas manos que ahora..., envueltas entre tibios fervores rojizos, algo propio del infierno, acarician con ternura... la superficie de mi rostro. Mis manos... ahora... se encuentran ebrias de poder; ebrias ante la divina frivolidad que solo este succulento brebaje mundano podría llegar a ofrecer.

Aun así... me encuentro ahora sucumbido en la letárgica ingesta de este licor que, con tanto recelo, los dioses soberbios todos ellos, atesoran en sus más profundos castillos literarios, ocultándolos así, detrás de sus pomposos monumentos que solo la muchedumbre incensaste puede representar.

Desde el comienzo, desde que aquella criatura llamada "hombre", se autodenomina como un ser pensante, miles han sido las desgracias que más que bendecir su andar, lo han arrojado en la perdición sin más. Semejante actuar resultase, pues, no ser más que un fallo contradictorio de la naturaleza. Y así, como lo han establecido ya hace décadas atrás los más grandes pensadores de nuestra era, el hombre, como hombre que es, jamás dejará de padecer aquel fallo contradictorio originado por la azarosa naturaleza, en la cual, este se vio inmiscuido. Aquello a lo que me refiero, no es otra cosa más, sino que aquel contradictorio sentimiento llamado "bien". Esa... endemoniada benignidad, basada únicamente en la mera abstinencia de nuestros más añejados instintos naturales, me llena de pavor, haciéndome sentir impotente ante la mera idea masoquista de una sociedad perdida entre frívolos disfraces... que, tarde o temprano, caerán. Aquel dolor..., aquel... sentimiento de dura impotencia carcome y hace burbujear mis entrañas, llenándolas del más fervoroso ardor que un hombre pueda siquiera soportar.

Es así como la naturaleza intrínseca del hombre gira sin variar entorno a la elementalidad de un único eje fundamental: la "maldad". Aquel concepto que más arraigado en la conciencia se mantiene como reprochable, conserva, pues, variaciones sobre sí mismo. Puesto entonces, aquel precepto conocido como "maldad" pero, que yo llamo naturalidad, como toda fuerza arraigada a la naturaleza, se polariza en su propia contrariedad. Pues existe la maldad que cada uno sostiene sobre sí mismo, aquella que al liberarse se vuelve un atisbo de piedad para el alma. Y, al contrario, ante la misma maldad del hombre, se genera un segundo tipo que, resulta de ser más paradójica.

Se sabe que todo acto que vaya en contra de la ética tradicional, o bien, de la moral convencional, no generaría otra cosa más que un arrepentimiento dentro de la psiquis del individuo. Puesto bien, es justamente la otra variante de la maldad que, un mero veneno para el alma resultase ser. Aquerosamente disfrazada, para que inexistente resultase ante la mirada concerniente de la vox populi, se encuentra esta, cargando entre hipocresía el nombre de "altruismo"; más digo yo, que encamina al hombre a su propio abismo. Es esta misma perversidad confabuladora de desdichas la que, mediante draconianas utilidades superfluas, revestidas entre dogmáticos conceptos denominados "culpa" o "arrepentimiento", nos susurra la indecorosa e insípida autoflagelación espiritual. Es por esto mismo que el "altruismo" está mal. Siendo el "altruismo fallido" lo que nos encadenará a una angustia sin fin. Así, la culpa, dada ante el "no-cumplimiento" de aquello que bien deseásemos concretar y, ahora, solo carga nuestro inmundo pesar, dañina resultase. Puesto entonces, que solo al concretar dicha acción, probablemente, felices seríamos, puesto que el egoísmo más satisfecho no se encontraría.

¿Qué podríamos esperar entonces de aquel sentimiento contradictorio que, estúpidamente dirigido por aquellos valores impuestos por una mentirosa sociedad, y un ser más basado en el hombre, más solo difunde la mera abstinencia disfrazada entre ilusorias creencias de que, pues, daño nos haríamos a nosotros mismos? ¿Es acaso la lujuria que nos genera el ser servidores o, ver a los servidos contentarse mediante el egoísta esfuerzo de ver satisfacer la contrariedad, lo que nos lanza a un eterno abismo sin piedad?

No fue sino hasta que descubrí aquello que la divinidad con tanto recelo resguardó y, resguardará, que pude probar el sabor de la verdadera naturaleza humana que, más caótica, solo se asociaría a una deidad. No hacía mucho que el frío beso de la noche se había ensimismado, gobernando así cada rincón de la ciudad. Los astros titubeaban como si supiesen lo que estaba por ocurrir. Soy médico de oficio, y es así como debido a mi profesión me encontraba transitando por las cercanías de los muelles de Petrova.

No hacía mucho que tocaron la puerta de mi casa, asegurando que se trataba de una emergencia. Era un hombre, quien me rogó que atendiese a su hija. Posteriormente me enteraría que la muchacha padecía de una tuberculosis en estado ya terminal. Por supuesto que no dudé ni un segundo en salir a mitad de la noche para atender a un paciente. Sin embargo, al llegar al lugar me encontré con la escasa situación económica de la familia, no poseían ni una sola moneda, ni un misérrimo rublo para siquiera costear la ida de un connotado médico como yo a su paupérrima morada. Unos descarados fueron, y yo, un tonto por haber acudido sin antes preguntar por lo más importante.

Como es obvio de esperar, no la atendí, y dejé que el tiempo terminara con su corta e inminente existencia. Es así, como caminado a altas horas de la noche para regresar a mi hogar, terminé transitando por los solitarios muelles de Petrova. El ahuecado y rítmico sonido de mis pasos era mi única compañía en la tan amplia oscuridad que me envolvía. Y fue en ese momento, fue justo allí..., cuando mis pensamientos se encontraban absortos en el aburrimiento, y mis oídos particularmente alertas ante el inmundos sonido impredecible de la noche, cuando la vi. Allí la vi..., la vi... a ella.

Es irónico..., como aquello que llevamos injerto bajo la piel termina saliendo por las congojas propias del destino. ¡No es, sino, que un mero regalo indeseado de los dioses! Y "eso" ..., cuando gruñe rabioso rogando por salir no se puede reprimir.

Soy sincero conmigo mismo, no lo culpo a él, porque de hacerlo, no solo debería repudiar al mundo entero, sino que también, sería consumido por las gigantescas llamaradas indoloras que puede llegar a ofrecer la hipocresía. Así, por tanto, no soy distinto a él, solo somos uno más del montón, uno más de entre tantos hombres normales que llenan este mundo.

Yekaterina Kuriliova era el nombre... de mi bella amada. Ese era el nombre

por el cual conocía al ser más bello de este mundo; un arcángel entre arcángeles. Sus... cabellos resultaban ser siempre comparados ante los envidiosos rayos del sol, pero no había comparación. Sus inmensos orbes verdosos hacían pequeño el mero nombramiento de las musas más hermosas de toda la historia. Ni Julieta Capuleto, ni Sibila Vane; ni Eurídice, ni Helena; nadie poseía belleza tal, semejante siquiera a la de mi amada Yekaterina...

Fue en aquel instante, cuando recordado fui por los hilos y andanzas de Dios, cuando los vi. Allí estaban ellos, envueltos entre tenues manifestaciones sonoras. El lujurioso chocar de sus labios resonaba en lo más ancho de la noche, incrustándose así, en la pérfida soledad yacente en el olvido que podría llegar a ofrecerles un callejón en medio de las afueras de un solitario muelle. Esos... sucios y repulsivos labios parecían devorar por completo su... vitalidad, su alma, su todo. Ella... ya no era ella. Y yo... ya no era yo.

Entre vacilantes imágenes de impacto y alevosía, sin tener siquiera tiempo de poder intentar asimilar lo sucedido, fue cuando quizás llegó mi mayor error. Asechar curioso entre penumbrosas sombras, mientras ese ser..., ese demonio cobarde, exhorto en putrefactos cúmulos de hermetismo que le podía llegar a ofrecer aquel oscuro callejón, posaba sus asquerosas garras carnosas revestidas entre saliva sulfurosa, devorando así, cada centímetro de lo que alguna vez fue mi amada... Yekaterina. Que estupidez de mi parte, claro que no los devoraba, él ya lo había hecho. Él ya me había robado por completo a mi amada. Ya había absorbido cada centímetro de su alma. No había vuelta atrás. Ahora ella ya nunca volvería a ser mía, porque ella ya no era ella; ella... ya no me pertenecía. Continúe observando el acto, oculto, sin ser visto ni siquiera por la mismísima platea de los infinitos rayos beligerantes de esta imprudente luna acosadora, que nos asechan noche tras... noche. Ya no era amor lo que sentía. ¿Cómo podría sentir amor ante un ser que ya no me ama? Eso es imposible, por lo menos... para mí lo es. Aquel sentimiento que me mantenía oculto en las sombras, no era otro sino que aquel que mueve a los hombres a la grandeza y los orienta o, quizás por mano del diablo, los obliga a descubrirla. Así era como una endemoniada curiosidad, me mantenía prisionero de una vista que ya me resultaba de ser indiferente pero interesante a la vez.

Aquel siniestro ser que, sosteniendo una inmensa osadía, que entre insolencias se atrevió a arrebatarme a mi tan amada Yekaterina, ¡a quitármela desde las mismas entrañas!, no era otro, sino que el hijo de un connotado boyardo: Vladimir Lubchenko era el nombre del demonio.

Sus manos..., las sucias manos de Lubchenko, comenzaron a conocer... hasta el más minúsculo centímetro del cuerpo de aquella musa que alguna consideré mía. De forma forzosa, pero a la vez predecible, la tibia carne que vestía sus pálidos senos quedó al pleno descubierto, donde fue saboreada por la dulce melancolía de una noche tan helada, que endureció

sus rosáceos pezones con solo mirarlos. Así es como todo comenzó. Fue un sórdido y penetrante grito agudo de la que alguna vez fue mi amada lo que llenó cada centímetro del callejón y las calles aledañas. El hermoso alarido perfumado en dulce belleza, perpetró hasta lo más hondo de mis tímpanos, sumergiéndolos en vibrantes sensaciones de placer y éxtasis. Por fortuna, ni un solo carruaje ni persona transcurrían por las cercanías del muelle a esas horas. Solo era yo y... mi descubrimiento; nadie intervendría. De este modo, le fue inevitable a la sonrisa escapar y plasmárseme en el rostro.

La delgada capa de tela blanquecina que cubría las fauces de su inmaculada piel, paulatinamente comenzó a rasgarse, para exponer así su hermoso y seductor torso desnudo. Y de tal modo, entre desesperados y chirriantes alaridos de socorro, que resultaban a la vez, ser una de las más bellas melodías entonadas para los oídos, forzosos golpes de desesperación, invadidos por inútiles intentos de escape, comenzaron a aparecer. Su pálido y delgado abdomen conoció la fría dureza que podría ofrecerle un ahogante golpe certero en las costillas. Luego sus hermosos labios color de rosa palpitaron de dolor, siendo seguidos por un hermoso líquido carmesí que con finura los surcó.

Fue justamente cuando entre desesperados golpes entrelazados con gritos de ayuda, Lubchenko no soportó más aquella terrible frustración que, muy seguramente, lo dominaba por dentro. Así, el delgado y perpetuo filo de una hoja consumada en mera barbarie y ferocidad, fue el instrumento que sacó Lubchenko desde su bolsillo para, de tal manera, acallar los inútiles gritos de su amada. Fue entonces, cuando la pulcra inmensidad de una bellísima danza sangrienta interpretada por la finura de un cuchillo se plasmó ante la ironía de mis ojos. Solo bastó un erróneo corte horizontal, para que sus viseras se atreviesen a escapar desde el interior de su abdomen, e impregnarse en la completa quietud que puede llegar a ofrecerles el polvoriento pavimento de aquel penumbroso callejón.

Fue allí cuando lo comprendí. Las lágrimas salían, pero no podían. Era imposible que la melancolía emanara de mí. No lo podía culpar a él..., no lo podía culpar. Pero todo me causó tanta gracia, que fue así como entre vociferantes carcajadas de júbilo y furor, aquel ser que se encontraba con sus manos vestidas entre dulces ropajes rojizos, aquel ser llamado Vladimir Lubchenko, se percató de mi presencia. Así, quedando impactando al verme, y más aún, confundido ante mi singular actitud, se dejó llevar por el fantasma de la incomprensión, dejando a la vez caer el cuchillo que sostenía en su mano izquierda.

- Mi buen amigo – le dije yo – ¿Acaso... temes de mí? No lo niegues, pues, en tu rostro se aprecia no solo la confusión misma, sino que también el miedo encarnado en tus gestos. Amigo mío, por favor..., no debes de preocuparte. Deja ya de lado toda esa... culpa, que más que guiarnos a un mundo mejor, limita las acciones humanas y las hunde en un amplio

piélago lleno de dolor. Un dolor... por un error... inexistente. De este modo, concluyendo el breve relato que dio a conocer mi descubrimiento, bien aflojo ya la sanguinolenta mano que sostiene la pluma, para... entre ecuestres alevosías naturales, acallar la voz que respinga colérica dentro de mí, y matar cualquier atisbo de sensatez que el hombre cuerdo háyase llegado a concretar. Puesto entonces, siento como ya los avisos pertinentes del incoherente destino, rugen golpeando la puerta de mi casa, meramente gritando, una y otra vez: "¡Abre la puerta, sabemos que te encierras ahí!" "¡Asesino!" "¡Abre ya!". Bien dejo esta carta, para todo aquel que deseoso fuese por conocer mi pavoroso destino que, entre gélidos descubrimientos divinos, al final fue desvanecido. Ahora el lazo por fin está concretado y ya mi final... dictado. No hay más pena, angustia... ni desdicha, solo... muerte, una muerte... de reyes.